

Balance de un período

León Trotsky

25 de marzo de 1923

(Versión castellana desde “Bilan d’une période”, en *Le mouvement communiste en France (1919-1939)*, Les Éditions de minuit, París, páginas 269-275, también para las notas. Este texto es la introducción de Trotsky a *Le Mouvement communiste en France*, páginas 11-13)

En estos momentos la Francia imperialista es la potencia dirigente en el continente europeo y con una muy apreciable grandeza fuera de dicho continente. Este único hecho le confiere una gran importancia al proletariado francés y a su partido. La revolución europea no habrá vencido sin vuelta atrás hasta que se adueñe de París¹. Y la victoria del proletariado en el continente decidirá, casi automáticamente, la suerte del capital inglés. Por fin, la Europa revolucionaria, a la que se le unirán enseguida los pueblos oprimidos de Asia y África, sabrá dirigirse a la oligarquía capitalista que reina en Estados Unidos con un lenguaje lacónico y persuasivo. La clave de la situación europea y, en gran medida de la mundial, está, pues, en manos de la clase obrera francesa.

La Internacional Comunista ha seguido con concentrada atención la vida interna del partido francés porque, precisamente, le asignaba a ese partido un papel histórico considerable. A lo largo del camino de la historia, el obrero francés ha sido engañado más que ningún otro; el Partido Comunista francés debe ser mucho más severo e intransigente consigo mismo. Desde este punto de vista ya se han obtenido grandes éxitos que se pueden calificar, en cierto sentido, como definitivos. Bajo el aspecto de la lucha de fracciones, y de cenáculos, bajo el aspecto de escisiones y exclusiones, lo que se ha cumplido lentamente en el curso de los dos últimos años ha sido en realidad el armamento revolucionario del partido francés. Y el partido, con sus armas, debe de vérselas con el metal del estado militarista más potente. Los éxitos logrados en esta vía, que todavía es sólo la de los preliminares, se concretan de alguna manera en la salida de Frossard y en las adhesiones de Monatte y Barbusse.

El antiguo secretario general del partido y, en cierta medida, su inspirador, el inspirador en cualquier caso de su política oficial, Frossard, representaba a los elementos del pasado parlamentario del partido que intentaban adaptarse a un nuevo golpe de timón a izquierda, decisivo, de la vanguardia proletaria. Frossard, provisto de cierta elasticidad y movilidad de pensamiento, inventiva, ingenioso y elocuente (dotado de cualidades valiosas, útiles para todo el mundo y especialmente para los revolucionarios, pero suficientes por sí mismas para la política parlamentaria), parece haber imaginado seriamente que podría andarse con rodeos hasta el final de los tiempos entre la Internacional Comunista y los enemigos de ésta, beneficiarse ante la clase obrera de la autoridad del comunismo y preservarla de las “exageraciones” de Moscú. Oponiendo sus improvisaciones diplomáticas, hábiles en el sentido del equívoco, reticencia y doble juego, a la línea de conducta principista de la Internacional Comunista, Frossard no podía llegar desde sus primeros pasos más que a la confusión.

¹ Tras la guerra, los dirigentes de la IC contaban con que Alemania sería el eje de la revolución europea. Pero se tenía por muy necesaria la revolución francesa para completar esta victoria en el continente.

Su posición está muy bien caracterizada por el hecho de no saber aún él mismo, algunas horas antes de dimitir del partido comunista, si viajaría a Moscú para participar allí en calidad de miembro del Ejecutivo en la dirección de la Internacional Comunista o si se pasaría al lado de los enemigos de esta Internacional.

Pero la fisonomía personal de Frossard no debe hacernos perder de vista lo que tiene de típico el frossardismo. En Italia tuvimos un conflicto con el camarada Serrati que se colocó, durante bastante tiempo y con su fracción, fuera de la Internacional Comunista. El desarrollo político tan tempestuoso de Italia ha empujado de nuevo, hoy en día, a los maximalistas y a sus líderes hacia la Internacional Comunista². Confiamos en que esta vez la fusión sea sólida. En Alemania, tuvimos un episodio clásico con Paul Levi. Levi se levantó contra la táctica seguida en marzo de 1921³ por el Partido Comunista alemán, evidentemente errónea, y logró probar en algunas semanas que no le faltaba más que un buen pretexto para situarse entre los enemigos de la revolución proletaria. Hemos observado hechos semejantes, aunque menos acabados, menos impresionantes, en los partidos checoslovaco y noruego.

En primer lugar impresiona una cosa: en todos esos conflictos encuentra uno a la cabeza de los escisionistas, o de los dudosos, a los jefes más renombrados, es decir a los hombres que (al menos en apariencia) han dirigido el movimiento *a favor de Moscú* y a favor de la *III Internacional*. Serrati fue el líder incontestado del partido italiano hasta septiembre de 1919; Paul Levi fue el presidente del Partido Comunista alemán; y su imitador Friesland, el secretario general de ese partido; Frossard, el secretario general del partido francés⁴. Esas repeticiones de hechos atestiguan que no estamos en presencia de azares sino de una regla general, regla que no es tan difícil de explicar al fin de cuentas.

En los países de viejo capitalismo con antiguas tradiciones socialdemócratas, la formación de un partido comunista equivale a la ruptura con un largo pasado reformista, nacionalista, parlamentario. Pero los medios socialistas dirigentes, los grandes nombres, las autoridades, pertenecen completamente al pasado. Prisioneros de ese pasado son, en su gran mayoría, incluso los socialistas que, antes de la guerra o durante la guerra, se situaban en la extrema izquierda de sus partidos, es decir en la oposición a la política socialdemócrata oficial. Su oposición a los Scheidemann y a los Renaudel era oratoria,

² Serrati, el antiguo líder del centro del PSI, se encontró fuera de la IC tras Livorno. Excluido del PSI tras la toma del poder por Mussolini, acababa de volver a la IC.

³ Trotsky expresa aquí la opinión, que también era la de Lenin, que Paul Levi tenía razón en el fondo en las críticas que hacía de la acción de marzo. *Los recuerdos sobre Lenin* de Clara Zetkin atestiguan que Lenin, después del Tercer Congreso de la IC, todavía confiaba con ganar a Levi al que tenía en alta estima y que hizo todos los esfuerzos para que se le mantuvieran abiertas las puertas del partido alemán tras su exclusión por indisciplina.

⁴ En realidad, el paralelismo establecido aquí por Trotsky entre Serrati, Paul Levi, Friesland y Frossard es difícilmente sostenible. Se sabe que Serrati, veterano socialista, volvió al comunismo poco antes de su muerte. Levi volvió a la socialdemocracia y en 1923 apoyó la necesidad de la dictadura del proletariado y fue inspirador de su ala izquierda hasta su muerte en 1930. Frossard volvió a la SFIO, que había abandonado por la derecha en 1935, para unirse a los “neos”: fue nombrado consejero nacional por Vichy en 1940. Igualmente, si bien es posible considerar con Trotsky que Frossard solo fue “en apariencia” dirigente del movimiento a favor de la III Internacional, esta afirmación es muy contestable en el caso de Serrati y falsa en el de Levi que se había pronunciado desde 1917 a favor de la escisión de la socialdemocracia y que fue el artífice de la adhesión de los independientes a la IC. Lenin, que lo había conocido en Suiza en 1916, afirmaba, tras su exclusión de la IC, que en aquella época era un “verdadero bolchevique”. El caso de Friesland, en este marco, es único: llegó “a la política” y al comunismo como prisionero de guerra en Rusia en 1917, devino secretario general del PCA como candidato del ala izquierda, como irreductible adversario de Levi, en agosto de 1921. Tras su ruptura, en diciembre del mismo año, volvería a la socialdemocracia y tras la Segunda Guerra Mundial fue burgomaestre de Berlín Oeste bajo su nombre, Ernst Reuter.

literaria, formal, verbal, pero no era ni efectiva ni revolucionaria. Cuando la guerra en movimiento arrastró a las masas proletarias a la izquierda, hacia el combate con la burguesía, los elementos socialistas de oposición pensaron que había llegado *su* hora, que la masa aprobaba *sus* críticas y se preparaba para seguir *sus* instrucciones. En realidad su situación y su política recordaban mucho a las de los liberales moderados en las revoluciones. El primer sobresalto popular a los liberales siempre les parece que prueba su razón y fuerza; pero desde el mismo día siguiente constatan con horror que las masas, al menos las masas revolucionarias, no establecen grandes diferencias entre los dueños de ayer y los adversarios moderados de estos últimos. Entonces los liberales se arrojan en brazos de la reacción.

Si los equívocos líderes de la oposición socialdemócrata se encontraron a la cabeza de partidos comunistas fue porque la fracción realmente revolucionaria de la clase obrera no había podido educar y formar en algunos meses a nuevos jefes. Y es necesario reconocer que, en los primeros años de la Internacional Comunista, tuvimos a la cabeza de varios de nuestros partidos tanto a revolucionario que no siempre poseían suficiente maestría por sí mismos, tanto a semirrevolucionarios siempre inseguros pero que gozaban de cierta autoridad y poseían rutinas políticas. De ahí derivaban, y derivan todavía, en parte (aunque la situación ha mejorado sensiblemente), las dificultades internas, los roces y conflictos en el seno de la I.C. Los líderes semicentristas temían ante todo verse empujados fuera del carril (disimulado por un radicalismo aparente) de la legalidad. También rechazaban plantear revolucionariamente las cuestiones y aplicar los métodos efectivos de preparación de la insurrección proletaria. Invocaban la "autonomía nacional". Sin embargo, la analogía cualitativa de la política de Paul Lévi, Frossard y algunos otros muestra que no se trataba de particularidades de las situaciones nacionales (que, naturalmente, debemos tener muy en cuenta) sino de una tendencia perfectamente internacional, de un centrismo de izquierda, completamente dispuestos a asimilar el ritual de la Internacional Comunista y a avalar sin rechistar veintiuna condiciones y más (con la única condición real que nada cambiase por otra parte). Frossard era el representante acabado de este espíritu. Por ello su dimisión del partido y la salida de sus amigos suponen un hito importante en la vía de la creación del partido revolucionario del proletariado francés.

Si Frossard no es la encarnación de una particularidad nacional, como acabamos de ver, el motivo por el que ha logrado engañar durante tanto tiempo a los otros y engañarse a sí mismo sobre su misión política debe buscarse, sin embargo, en las particularidades de la situación política en Francia. Al contrario que la Alemania vencida y la Italia semivencida, la Francia victoriosa ha atravesado los años más críticos de la posguerra sin sufrir grandes sacudidas políticas. Y aunque las principales fuerzas que llevaban a los países a la revolución sean las mismas en Francia que en Alemania o en Italia, su manifestación es menos brutal, menos tempestuosa, más velada, en Francia. La formación de la vanguardia proletaria en Francia se ha efectuado, pues, lentamente hasta estos últimos meses. Desde el exterior daba la impresión que el antiguo partido socialista evolucionaba poco a poco hacia el comunismo, tras haberse desembarazado en Tours de su lastre más comprometedor. Pero en realidad, en Tours, Renaudel y Longuet habían sido abandonados por muchos de sus amigos y discípulos que, con el corazón afligido, confiaban en comprar a cambio de su sacrificio empleos dirigentes en el partido comunista y obligar a ese partido a respetar su buena vieja rutina en reconocimiento de ello. A consecuencia de la lentitud de los movimientos políticos en Francia y del conservadurismo de posguerra, la izquierda, incluso la del socialismo francés, tal y como se formó en el comité de la III Internacional, en el seno del partido, todavía era señaladamente amorfa y heterogénea. Y ese hecho, que no fue comprendido

igualmente por todos los camaradas, le ha impedido a menudo a la Internacional adoptar contra la política de Frossard y de sus amigos una actitud más enérgica. Desde 1921 y desde la primera mitad de 1922, el grupo Frossard daba buenos motivos para que se rompiera con él. Pero en aquellos momentos la ruptura no hubiera sido comprendida por la gran mayoría de los miembros del partido, la nueva escisión se produjo por azar y, por fin, la Internacional pudo reunir en la izquierda a un grupo bastante heterogéneo que él mismo también necesitaba una depuración interna⁵. En primer lugar era necesario, pues, darles a los elementos de izquierda tiempo para considerar claramente sus tareas, para adquirir una cohesión ideológica, reunir a su alrededor a un gran número de miembros del partido (y solamente después de este trabajo ideológico, crítico y educativo de la Internacional se podía rematarlo con grandes medidas enérgicas de organización de carácter “quirúrgico”).

Desde este punto de vista, la lentitud del desarrollo político de Francia ha presentado un aspecto positivo para el partido comunista. La izquierda no se ha visto enfrentada a grandes pruebas políticas antes de haberse podido preparar seriamente para ello. En Italia no se escogió el momento de la escisión del partido socialista en virtud de consideraciones tácticas sino que se vio determinado por la terrible capitulación de los dirigentes del partido durante los acontecimientos de septiembre de 1920⁶. En Francia, el momento de la ruptura dependía en gran medida de la Internacional Comunista. Es cierto que algunos camaradas, incluso en el partido francés, querían forzar los acontecimientos, veían como demasiado poco resuelta, demasiado paciente e incluso errónea la táctica del Ejecutivo en la cuestión francesa. ¿Cometimos errores parciales? Sin duda que sí, pero ahora, echando una mirada al período transcurrido, podemos decir con toda seguridad que la táctica del Ejecutivo ha sido justa en su conjunto, en sus métodos y en su aplicación ralentizada *que se correspondía con el ritmo del desarrollo interior de la vanguardia proletaria en Francia*. Por ello nuestro partido francés, tras una profunda crisis interna, tras haberse desembarazado de elementos extraños, ha conservado a la aplastante mayoría de sus efectivos, a toda su organización y a su órgano central, *l'Humanité*, cuya importancia en Francia es mucho más grande que en muchos otros países. Aquí es necesario señalar que el partido francés y la Internacional le deben mucho a Marcel Cachin, que tuvo malentendidos con la Internacional pero que se posicionó resueltamente del lado de los revolucionarios en el momento decisivo⁷.

La operación quirúrgica emprendida por el partido francés ciertamente que era difícil y le parecía a algunos camaradas demasiado arriesgada. Se trataba de una ruptura definitiva y simultánea del partido con la opinión pública burguesa y con sus más equívocas instituciones: francmasonería, Liga de los Derechos del Hombre, prensa radical, etc. Llegada a su fin la operación quirúrgica, Frossard, que todavía dudaba, lanzó una mirada a su alrededor y se convenció de que no tenía nada que hacer en *ese* partido. Y por la misma puerta por la que acababa de salir, con los francmasones y los

⁵ Trotsky da aquí muy claramente los motivos por los que los dirigentes de la IC se esforzaron en evitar que se produjese en Francia un “nuevo Livorno”. Estos motivos también están expuestos sin ambigüedades en los documentos publicados por Jules Humbert-Droz en *L'Oeil de Moscou en France*.

⁶ Los dirigentes del PSI de Serrati rehusaron entablar la lucha por el poder en el momento de las grandes huelgas de los metalúrgicos de Turín en septiembre de 1920. Su actitud en esa época determinó a la dirección de la IC, tanto a Lenin como a Zinóviev, a adoptar una actitud dura y avalar en Livorno la escisión sobre la base de una frontera que pasaba entre la “izquierda” y el “centro”, mientras que en Francia, en el mismo momento, ésta pasaba entre la “derecha” y una fracción del “centro”. Trotsky hace lo posible aquí para justificar una decisión que le costó muy cara al movimiento italiano.

⁷ Trotsky jamás volvería a escribir, ni verosímelmente pensar, que Cachin, hacia el que sentía un profundo desprecio, estuviera en cualquier momento de su carrera “del lado de la revolución”.

miembros de la Liga de los Derechos del Hombre, entraron dos hombres: Monatte y Barbusse.

La adhesión de Monatte es también un poco un episodio personal como la salida de Frossard. Monatte representó, durante y después de la guerra, con más intransigencia y fuerza que nadie, las tradiciones del sindicalismo revolucionario en la época de su apogeo. La desconfianza hacia la política y los partidos tenía un gran lugar en sus tradiciones. Desconfianza a la que no le faltaban motivos históricos. Durante estos últimos años, Monatte ha sido el amigo fiel de la revolución rusa, inquebrantable en los momentos más difíciles. Sin embargo observaba al Partido Comunista francés con una aguda desconfianza y se mantenía a parte. Y sólo cuando el partido demostró que no retrocedería ante las medidas más rigurosas para reforzar su carácter proletario y revolucionario, Monatte cogió su carné. Era algo más que un gesto personal. Este gesto significa que el partido ha superado la desconfianza de toda una categoría de trabajadores revolucionarios franceses. En el partido, que engloba a elementos de una educación política diferente, aún se producirán verosímelmente enfrentamientos internos; pero el carácter verdaderamente proletariado del partido está asegurado de aquí en adelante, lo que quiere decir que también lo está su futuro revolucionario.

La adhesión de Barbusse tiene un carácter más individual. Barbusse no representa tradiciones revolucionarias de antes de la guerra. En revancha, encarna mejor que nadie la conciencia indignada de la generación de la guerra. Presidente de la Asociación Republicana de Antiguos Combatientes, Barbusse había conservado hasta estos últimos tiempos su independencia formal respecto al partido comunista, expresando con ello la indignación profundamente revolucionaria, pero políticamente imprecisa, de las masas obreras y campesinas de posguerra. Pero, cuando se precisaron las relaciones políticas, cuando los retóricos pacifistas y los diletantes de la revolución volvieron a sus orígenes burgueses, Barbusse franqueó la puerta del partido diciendo: “¡Aquí estoy!” Así rendía testimonio de que, para todo aquel que piense y se indigne, para todo aquello que queda de la generación de la guerra, no hay salida espiritual al margen del partido comunista. En el lirismo contenido de la carta de Barbusse a *l'Humanite* se siente una verdadera pasión revolucionaria. Felicitamos al partido francés por esta conquista.

A penas aparecidos al otro lado de la frontera del partido Frossard y quienes le seguían, los acontecimientos conexos a la ocupación del Ruhr colocaban al Partido Comunista francés en presencia de serias pruebas políticas. Y el partido demostró que, desembarazado de elementos inasimilables, se había fortalecido y, por ello mismo, engrandecido. La represión no ha hecho más que aumentar su cohesión moral. Todavía le esperan las mayores dificultades, pero ya se puede decir con certeza, con toda confianza, que en Francia existe, vive y crece un auténtico partido comunista.

L. Trotsky

25 de marzo de 1923